

COMUNIDADES NEGRAS EN COLOMBIA: DESARROLLO HISTÓRICO Y PROCESO DE ETNIZACIÓN

Juan Carlos Zuluaga Díaz*

RESUMEN

Este artículo revisa el desarrollo histórico-social de las comunidades negras en el occidente y suroccidente colombiano y el proceso de etnización en el marco del territorio nacional, presentando antecedentes históricos desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XIX. Posteriormente, el trabajo se centra en las transformaciones en las relaciones de producción y el contexto social en el siglo XX en el suroccidente colombiano, donde el auge de la agroindustria de la caña de azúcar tuvo implicaciones en los procesos migratorios de las poblaciones negras del Pacífico hacia el valle del río Cauca. Finalmente, se intenta mostrar la periodización y las características principales del proceso de etnización y organización de las comunidades negras a partir de la década de los ochenta del siglo pasado.

Palabras clave: historia, comunidades negras, esclavitud, agroindustria, etnización.

BLACK COMMUNITIES IN COLOMBIA: HISTORICAL DEVELOPMENT AND ETHNICIZATION PROCESS

ABSTRACT

This article reviews the historical and social development of the black communities in western and southwestern Colombia and ethnicization process within the country, presenting historical background from the sixteenth to mid-nineteenth century. Subsequently, the work focuses on the changes in the relations of production and social context in the twentieth century in southwestern Colombia, where the rise of agribusiness of sugarcane had implications for the migration of the black populations of Pacific towards the valley of Cauca river. Finally, we intend to show the periodization and main characteristics of the process of ethnicization and organization of black communities from the eighties of the last century.

Keywords: History, Black Communities, slavery, agribusiness, ethnicization.

Recibido: 21 de febrero de 2015

Aceptado: 23 de abril de 2015

* Sociólogo de la Universidad del Valle (Colombia). Especialista en Gestión y Políticas Culturales (Universidad de Barcelona, España). Candidato a Magíster en Investigación en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires, Argentina). Docente Universidad de Caldas, Colombia. juanc.zuluaga@ucaldas.edu.co.

1. ESCLAVITUD Y LIBERTAD

Si bien la trata de personas negras esclavizadas tiene vigencia desde el siglo XVI, solo después del año 1600 estas empezaron a ser traídas en masa a las Américas, con la ambición de explotar los inmensos yacimientos auríferos de los “nuevos” territorios. Dado que a pocas décadas de haber iniciado la Conquista en lo que corresponde hoy al territorio colombiano la población indígena estaba diezmada, principalmente en la región del centro del valle del río Cauca, se pensó por parte de la Corona en la importación de mano de obra representada en el esclavo negro, con la cual fuera posible la extracción de las inmensas riquezas de los nuevos territorios (Mina, 1975). La merma considerable de la población indígena está determinada por un conjunto de factores, entre los cuales destacan las enfermedades desembarcadas del Viejo Mundo, el aniquilamiento por parte de los españoles y la pérdida de tejido social. Ante esta situación de escasez de mano de obra, la Corona española encontró rentable establecer un mercado masivo de esclavos, que por primera vez entrelazaba al continente europeo con África y América, pues las personas cautivas del continente “negro” sirvieron de aliento a los mercados de las principales ciudades portuarias del Viejo Continente, principalmente de Gran Bretaña, desde donde partían los barcos negreros hacia América. Podría decirse que con este fenómeno se inaugura lo que será el triunfo de los mercados externos sobre las economías nacionales dos siglos después. Mucho se ha dicho sobre las diferencias culturales entre las poblaciones de esclavos africanos llegados a las Américas, pero es importante resaltar que, aunque había una diversidad lingüística y una compleja variedad cultural entre los grupos que formaban la población esclava de Colombia, tenían una significativa base cultural común (Pavy, 1975). La mayor parte de los esclavos provenían de tres áreas de la costa occidental de África: Senegal, Guinea y Angola. Las grandes naciones africanas de las cuales provenían estas personas eran Yoruba, Ashanti, Ibo, Fanti, Congo, Iwu. A menudo, al llegar a Cartagena estos grupos formaban cabildos bajo la supervisión de la autoridad colonial (Mina, 1975).

No obstante la imposición por la fuerza de nuevas creencias, valores y prácticas por parte de los españoles a la población esclavizada, les era muy difícil a los primeros controlar y disciplinar a los esclavos, que escapaban en cuanto llegaban en los barcos a Cartagena o de sus propietarios tan pronto tener oportunidad. Después de huir, muchos formaban palenques¹ o se unían a alguno ya constituido, lejos del dominio español, donde organizaban su propia forma de gobierno y reanimaban buena parte de sus costumbres y prácticas tradicionales, manteniendo

¹ Los grupos de rebeldes negros que durante la colonia española se conocieron en América como *cimarrones* y que formaron los llamados **palenques** en el territorio que hoy es Colombia son apenas una parte del fenómeno histórico que se inició hace cuatrocientos años en el marco de las sociedades esclavistas en el Nuevo Mundo. En Méjico y Cuba también se conocieron como palenques, en tanto que en Venezuela fueron *cumbes*; en Brasil *quilombos*, *mocambos*, *ladeiras* y *mambises*, así como *maroons* en el Caribe, las Guayanas y en regiones de lo que actualmente es el sur de los Estados Unidos. Los vocablos *cimarrón*, *palenque* y *arcabuco* son de origen español y en Colombia se combinaron indistintamente para señalar el mismo fenómeno. Los negros rebeldes fueron cimarrones de los palenques, estos fueron palenques de los arcabucos, es decir de los montes tupidos, y sus gentes cimarrones de los arcabucos (Cross y Friedemann, 1979).

incluso su propia lengua y religión. Son conocidos muchos de estos palenques, pero quizás el principal de todos fue el de San Basilio, cerca de Cartagena. En el suroccidente, el palenque de mayor reconocimiento fue “El Castigo”, en el Patía. En estos lugares se reconfiguraba toda la cosmovisión del mundo negro, al tiempo que se fraguaban rebeliones o se formaban alianzas con los grupos indígenas para atacar poblados de españoles durante la segunda mitad del siglo XVI y hasta el siglo XVIII (Colmenares, 1978). Hacia fines del período colonial, eran cada vez más los esclavos que habían escapado de sus amos; cuando no, habían comprado su libertad a través de la manumisión (Romero, 1991). Una vez alcanzada la libertad, optaban por diferentes vías para ejercer su condición de *libres*: unos se instalaban en las concentraciones urbanas para ejercer como artesanos o en oficios de servidumbre remunerada; otros ocupaban terrenos y constituían parcelas en los intersticios de las grandes haciendas, unos más se establecieron en la región del Pacífico y se dedicaban principalmente a la extracción de oro en minas de aluvión (Agudelo, 2005). Cualquiera fuera la condición del negro, este prefería vivir distante de los blancos, internándose muchas veces en territorios inhóspitos, ya fuese cultivando arroz, plátano, tabaco o, muchas veces, se dedicaban a la pesca y casa o extraían oro. En el Valle del Cauca solo había dos áreas permitidas para cultivar tabaco: en Palmira y en los alrededores de Tuluá. Sin embargo, la mayoría de tabaco cultivado en el Valle era de contrabando, producido principalmente en la zona de Puerto Tejada (población negra) y su control era imposible por parte de la autoridad colonial (Mina, 1975).

Durante las guerras de independencia (1810-1819), el libertador Bolívar llamó a la población negra a integrarse a la lucha independentista, pero sus miembros adoptaron diversas posiciones según el contexto en el que se encontraran: en la mayoría de regiones, los negros apoyaron la causa del Libertador. En otras regiones, como en la de Patía, se unieron al ejército realista. Hacia 1815, todas las cuadrillas de Barbacoas (suroccidente de lo que hoy es Colombia) estaban sublevadas. En el Chocó (litoral Pacífico) se libraban batallas contra los españoles desde 1810. Igualmente, muchos esclavos escaparon de sus amos, atacaron sus estancias y se fueron a vivir al monte. Durante este período, la visibilidad de los negros y sobre todo de los mulatos libres estuvo en alza, destacándose en el ejército patriota personajes como el almirante José Padilla, el general Manuel de Piar, el coronel Leonardo Infante y muchos otros en mandos medios, aunque de estos no se tenga registros (Agudelo, 2005). Durante este período se creyó idealmente en la abolición de la esclavitud y en la llegada del pensamiento capitalista moderno. Esta aparente libertad significaba que a cambio de los grilletes y las cadenas que los obligaban al trabajo ahora se veían en la necesidad de ofrecer su trabajo por unos pocos céntimos, en su condición de *libres*. Se sustituía, pues, la esclavitud del látigo por la esclavitud del jornal. De tal manera, la tan añorada libertad supo a poco para indios y esclavos tanto como para el Estado mismo, ya que las guerras de independencia solo liberaron al país del dominio español para entregarlo a otras potencias (Mina, 1975). Una vez lograda la gesta libertaria, en Colombia como en el resto de Latinoamérica, “la formación del Estado Nacional partió de la base de la formación social de la colonia que se asentaba en un régimen de estructura sociorracial, donde todos los aspectos de la vida cotidiana estaban

determinados por la condición de ser español (que se asimilaba a blanco), criollo, indio, negro, mestizo y las demás expresiones etnomorfológicas que fueron resultando del complejo proceso de entrecruzamiento racial” (Cifuentes, 1986: 125) y donde la condición de negro ocupaba el último peldaño en la jerarquía social.

En Colombia, la primera ley que proclamó la libertad de los esclavos, producida en 1821, no facilitó la conformación autónoma de la familia afrocolombiana al menos al comienzo de la etapa manumitoria, pues quienes defendían la esclavitud se las ingeniaron para prolongar los privilegios sobre la población de esclavos, introduciendo en el articulado de dicha ley la “libertad de vientres” -con la cual se mantenía la propiedad sobre los hijos de las esclavas hasta que estos cumpliesen la mayoría de edad- y otras como la ley de “libertad solo para esclavos ciudadanos”, por medio de la cual se mantenían sujetos a los esclavos de los enclaves mineros y de las grandes haciendas. Los esclavistas se resistieron con diversas estrategias a la abolición, en ocasiones vendiendo a las personas esclavizadas en territorios del Perú antes de permitirles la libertad. Un ejemplo de ello es la familia Arboleda en el norte del Cauca. Otra estrategia de esta familia consistió en liberar algunos de sus esclavos para hacerlos campesinos con pequeñísimas tierras, donde pudieran mantenerlos bajo control. Esto ocurrió con el 40% de los esclavos de su propiedad (Colmenares, 1976). Sin embargo, dadas las inmensas extensiones de tierra de las haciendas, los esclavos que se hacían libres pronto se ubicaron en los intersticios de las mismas, en montes y pantanos imposibles de llegar para los antiguos amos y mucho más difíciles de controlar para las autoridades. Entre las restricciones que tenían los primeros negros libertos cuenta el impedimento para celebrar reuniones de expansión, ni siquiera entre los miembros de una familia; el ejercicio del trabajo era completamente vigilado y dirigido por el patrón; para trabajar en las haciendas vecinas se debía tener consentimiento del mismo y la mayoría de las veces se les negaba. De igual forma, todas las relaciones comerciales de los libres tenían que ser consultadas con el patrón (Colmenares, 1976). Cuando en 1851 se declara abolida de manera definitiva la esclavitud, las asimetrías de poder económico, político y sociocultural se mantienen intactas entre la población blanca-mestiza y los negros y mulatos, asumiéndose una mirada de desprecio y estigmatización de lo negro, negándole cualquier penetración en los imaginarios de Nación que se forjaban en los distintos escenarios hegemónicos (Mosquera et al., 2002).

2. HACENDADOS Y CAMPESINOS

El latifundio se había convertido durante la colonia en la institución económica de mayor importancia, así como en la forma hegemónica de tenencia de la tierra. Desde el siglo XVI, este designa la acumulación de tierras en cabeza de una persona sin función económica aparente o con el objeto de apropiarse del ganado que pastaba libremente en ellas (Bravo *et al.*, 2002). El latifundio identificaba una estructura social copiada no de manera idéntica del mundo europeo, de carácter medieval, en la que el linaje era su principio fundamental. Su origen, según Fals Borda (1994), deviene de las concesiones de tierras hechas por la Corona española a los conquistadores y sus compañeros de aventura, a representantes personales de

los reyes (visitadores, oidores), a Cabildos de españoles que constituían poblados o ciudades, entre otros, a los cuales se entregaban en dominio (rápidamente constituido en propiedad) grandes extensiones de tierra a través de un expediente legal denominado *merced de tierra*. Las mercedes constituyen el origen legal de la propiedad de la tierra en Colombia, y también del latifundio, que hasta hoy constituye un lastre en el desarrollo del país.

La hacienda señorial aparece hacia la segunda mitad del siglo XVI en tierras vacas o arrebatadas a los indígenas mediante la concesión de mercedes de tierra y se distingue del latifundio por ser una *unidad económica* destinada al usufructo de una extensión considerable de tierra -mucho más grande que una unidad doméstica o una finca-, bien sea en cría y levante de ganado, en trapiches de caña, estancias o haciendas de campo, teniendo como base económica la fuerza de trabajo, primero indígena y después esclava. En muchas haciendas la combinación señorial-esclavista persistió hasta el siglo XIX, articulando el *concierto* o la *agregación*² con la esclavitud (Fals Borda, 1994). Según Colmenares (1978), a lo largo del Valle del río Cauca, desde Cartago hasta Quilichao, las haciendas, estancias y labranzas se enfocaron en la producción de la caña de azúcar, en derivados como las mieles, panela, azúcar y alcohol, con el fin de abastecer a los distritos mineros de Barbaçoas, Raposo y el Chocó. Además, la hacienda abastecía el consumo interno para la vida doméstica de la misma a través de una producción menor, unas estancias de *pan coger* en las que se cosechaba una gran variedad de productos. Para finales de siglo XVI, en mayor medida la fuerza de trabajo utilizada en estas haciendas agrícolas y/o ganaderas era esclava. No obstante, se daban otras formas de fuerza laboral, tanto indígena como la explotación por el mismo dueño y su familia. Generalmente, los dueños de estos terrenos eran migrantes ricos, familias de antiguos encomenderos o “nobles”, o algunos de la élite criolla. La estrategia seguida por este grupo social para mantener y aumentar la propiedad de la tierra fue fundamentalmente la de la unión matrimonial, la fusión del poder familiar.

Durante el siglo XVIII, en las haciendas del Valle del Cauca los esclavos tenían pequeños terrenos para el cultivo de sus alimentos, lo cual resultaba beneficioso para el amo al no tener que alimentar a los esclavos y sus familias. Estos vivían en cabañas separadas por grupos familiares y casi todos eran casados por la Iglesia. En las haciendas se trataba de que hubiera el mismo número de hombres y mujeres, aunque con las guerras de independencia se rompió este equilibrio y hubo muchas más mujeres que hombres. En la región

² El “concierto” era una fórmula mediante la cual los españoles podían obtener de la población indígena una determinada cantidad de indios cada año, para que sirvieran en los trabajos de las haciendas cercanas. Los mismos hacendados, interesados en fijar la mano de obra a sus tierras, estimularon la quedada de los concertados en las haciendas, cediéndoles una pequeña porción de tierra para construir vivienda y plantar por cuenta propia pequeños cultivos de pancoger. La agregación es una denominación legal dada para aquellos indígenas que llegaron a los predios de las haciendas y se instalaron en ellas, cosa que convenía a los propietarios, pues representaban fuerza de trabajo para las mismas (Fals Borda, 1994).

del Pacífico, la forma más generalizada de poblamiento fue la cuadrilla de esclavos en los reales de minas, campamentos mineros dirigidos por un “capitán”. Estos poblados pronto se convirtieron en núcleos productivos y verdaderas sociedades locales, con cierto grado de flexibilización en las actividades de los esclavos; ante las dificultades para abastecer de alimentos a la cuadrilla desde el interior andino –función que en el suroccidente cumplía la hacienda-, a los esclavos se les permitió dedicar períodos de tiempo a la agricultura y a otras ocupaciones (Colmenares, 1976).

La hacienda se consolida en el Valle del Cauca a lo largo del siglo XVIII, al tiempo que se desintegra el latifundio como unidad productiva. Con el tiempo, muchas de las grandes haciendas se fueron atomizando con las nuevas generaciones de propietarios y solo aquellas, cuyos propietarios resultaban muy poderosos, pudieron mantenerlas en su condición original, cuando no pasaban a manos de terratenientes no tradicionales o se desintegraban. Es importante señalar que hacia la segunda mitad del siglo XVIII, al tiempo que se consolida la hacienda, se da la aparición de una gran cantidad de arrendatarios y pequeños campesinos, engrosados por libertos y sus descendientes, en una gran masa de población de mulatos, pardos y mestizos (Bravo *et. al.*, 2005). La hacienda como unidad económica dominante en el Valle del Cauca se mantuvo vigente aún después de las guerras de independencia en el siglo XIX, y la diferencia radica básicamente en la exclusión en este período del trabajo esclavo, aunque en la práctica se mantiene la costumbre del servilismo. A lo largo del siglo XIX se va propiciando poco a poco la transformación de hacienda tradicional a hacienda con un carácter mucho más capitalista en cuanto a la productividad, medios e instrumentos de producción y la naturaleza de la fuerza de trabajo (asalariada). José Ma. Rojas (1980) apunta dos formas de producción en la hacienda: el ingenio panelero tradicional y el ingenio azucarero tradicional. El primero corresponde a la instalación del denominado trapiche, que difería cualitativamente dependiendo del tipo de molino y de la energía utilizada para su funcionamiento, y de donde se extraía una meladura que se endurece al final del proceso. Con el propósito de producir el “pan de azúcar”, el ingenio azucarero requería de la decisión de un experto acerca del punto en el cual la meladura había cristalizado en azúcares. En ambos casos, la fuerza de trabajo era mayoritaria negra, extendiéndose también a mestizos, mulatos e indígenas hacia el departamento del Cauca.

El Valle del Cauca estuvo estancado durante buena parte del siglo XIX, en parte gracias al aislamiento de los centros comerciales principales, del mar y de las potencias extranjeras y sus mercados. Esto no afectó significativamente a los campesinos, que no tenían que trabajar como jornaleros en cultivos para la exportación. En su afán de riqueza, los ricos y hacendados del Valle del Cauca

debieron enfrentarse a los campesinos por la fuerza para que éstos trabajasen para ellos. Pero éstos ya eran libres y estaban determinados a seguir siéndolo. Por esta razón, el Valle del Cauca se convirtió en un campo de batalla entre

blancos ricos y campesinos negros durante más de medio siglo, hasta que aquellos lograron abrir un camino hasta Buenaventura y adquirir un capital” (Mina, 1975: 56).

Dado que la posesión de tierra confiere poder, principalmente en sociedades agrarias como la nuestra, las estrategias de los terratenientes para despojar y/o desalojar a los campesinos de sus tierras eran diversas, a pesar de que muchos de ellos las habían comprado con su trabajo o las habían recibido de sus padres. Con la connivencia de las autoridades locales se cometían abusos contra esta población, ya fuera con amenazas y/o por medios violentos se les arrebataban sus tierras y todas sus pertenencias, incluidas las cosechas. La resistencia campesina se mantuvo como constante para este período, manifestándose de diversas maneras (invasión y/o recuperación de tierras, reclamo ante la ley, uso de violencia, sistemas solidarios, organizaciones sociales, etc.), pero el peso de la estructura social de clase impuso su condición en la propiedad sobre la tierra, para lo cual fue de suma importancia el uso del alambre de púa. Los hacendados cercaban terrenos mucho más allá de sus límites e iban expulsando a los campesinos de sus tierras o de los terrenos “indivisos”; cuando no, les cobraban altos terrajes hasta llevarlos a la ruina. Según Mina (1975: 89), el lema de los terratenientes era: “El gobierno somos los ricos y nuestras estructuras, las alambradas”. Pero no solo la tenencia de la tierra había cambiado hacia finales del siglo XIX. En general, la vida empezaba a tornarse más difícil: el paso de una economía de subsistencia a una incipiente economía agroindustrial y competitiva hacía que el campesino se viera en la necesidad de entrar al mercado y a la compraventa, cuando menos de su fuerza de trabajo.

El gran problema para los hacendados con ideas capitalistas de la región consistía en lo que ellos consideraban el espíritu “ocioso” de los campesinos y de los pobres, que preferían no trabajar en lugar de hacerlo por una miseria. Las soluciones a estos problemas de los hacendados llegaron gracias a que después de la Guerra de los Mil Días³ las élites mancomunaron esfuerzos para consolidar de manera organizada su interés de clase, con un Estado “fuerte” y centralizado que se mostrara altamente controlador de la población y atractivo para los capitales extranjeros. De otro lado, la apertura del Suroccidente al mercado externo en virtud de la inauguración del canal de Panamá en 1914, la construcción del puerto de Buenaventura y la puesta a punto de la ruta ferroviaria entre Buenaventura y Cali, terminada su construcción en 1914, significó el impulso definitivo para este propósito. Esto, puede decirse, significó la salvación para los ricos y el acabose para los pobres, pues es visto que tal modernización y desarrollo en su momento solo llegó para las clases altas (Mina, 1975).

³ La Guerra de los Mil Días fue una guerra civil en Colombia disputada entre octubre de 1899 y noviembre de 1902. Esta guerra se caracterizó por un enfrentamiento irregular entre el ejército gubernamental (en un principio nacionalista, después conservador) bien organizado y un ejército de guerrillas liberales.

3. AGROINDUSTRIA Y POBLACIONES NEGRAS

La actividad económica del Valle del Cauca solo vino a despegar hacia finales del siglo XIX y principios del XX con la mejora en las comunicaciones, principalmente entre Cali y Buenaventura, y con el desarrollo de la industria azucarera. La extensión de las rutas ferroviarias desde Buenaventura hasta el Viejo Caldas, así como la construcción de la carretera central entre Cali y Cartago hacia los años 30, aceleraron el proceso de modernización del sector rural vallecaucano: la primera industria agrícola en desarrollarse fue la azucarera, y prontamente el café entró en una dinámica de explotación, comercialización y almacenamiento a lo largo de todo el valle geográfico del río Cauca. Antes de 1930, solo el 30% de la producción de café nacional se embarcaba por Buenaventura, en 1960 esta llegaba al 84%. Tuluá, por su situación estratégica en el departamento empezó a sobresalir como centro de producción, acopio y eje comercial del centro-norte del Valle (Arboleda, 1998). El paso del trapiche de hacienda al gran ingenio azucarero, de la economía de subsistencia a la agroindustria y al monocultivo, tiene su fecha inaugural en 1864 con el primer ingenio azucarero en el Valle del Cauca, el ingenio Manuelita (Propiedad de Santiago Eder), que se consolida hacia la mitad del siglo XX con el auge y la proliferación de ingenios altamente tecnificados en toda la región. En el año 1901 es el mismo ingenio Manuelita el que resulta ser el primer ingenio accionado a vapor. “En 1926 se fundó el ingenio Providencia; Riopaila y Pichichí en 1941, Castilla en 1946, San Fernando en 1948, Meléndez y Mayaguez en 1949, y en la década de los cincuenta el San Carlos, Balsilla y Oriente” (Roldán, 1985: 45). El ingenio Carmelita se instala en cercanías a Riofrío hacia el año 1953, con una participación activa de la población negra. El desarrollo de la industria azucarera ha vinculado en gran número a la población negra en todas sus zonas de influencia, constituyendo focos de asentamiento de estas comunidades en municipios tales como Candelaria, Florida, Timba, Palmira, Cerrito, Guacarí, La Paila, Zarzal y Tuluá, entre otros. El proceso de industrialización en la producción de caña de azúcar significó un cambio trascendental en la vida social y económica de la región. Uno de los fenómenos que despertó con el auge de la industria azucarera fue el de la inmigración desde distintas regiones a territorios cultivadores de caña. Otro fenómeno que trajo consigo el desarrollo de la agroindustria de la caña fue el de la presión ejercida sobre la pequeña y mediana propiedad por parte de los terratenientes. La gran mayoría de estos propietarios pequeños eran de etnias negras, ya que desde antes de la independencia y mucho más acentuado en la época republicana, fueron muchas las familias de raza negra que por su amplia vocación campesina y agraria familiar obtuvieron, por diversos medios, pequeñas y medianas fincas en el sur del Valle y en el norte del departamento del Cauca; fundaciones de pueblos del norte del Cauca, como Miranda, Corinto, Puerto Tejada, Padilla y otros del valle se hicieron teniendo como núcleos poblacionales mayoritarios a pueblos de etnias afrocolombianos (Bravo, 2002: 137).

En su expansión, la industria azucarera concentra tierras y sirve eficazmente al proceso de descampesinización de las comunidades agrícolas, ubicándolas en la lógica del proceso de proletarianización como jornaleros, trabajadores asalariados o por contrato, causando un fuerte impacto en la economía campesina y en las condiciones socioculturales de los grupos

afrodescendientes de la región. El proceso de industrialización de la agricultura, y dentro de este el desarrollo de la industria azucarera y de otras áreas industriales en el campo, trae como resultado el surgimiento de un sinnúmero de pueblos de asalariados, como es el caso en los departamentos del Cauca y el Valle, que han sido los brazos edificadores del capitalismo agrario en Colombia. La base poblacional de estos pueblos está integrada por comunidades negras, que de todos estos procesos han heredado miseria y marginalidad (Cifuentes, 1986: 190).

La expansión de estos pueblos asalariados, luego del despegue de la agroindustria de la caña en el Valle del Cauca hacia 1950, se da gracias a la migración de una gran cantidad de personas negras del litoral Pacífico, primordialmente hombres, hacia Cali y hacia los poblados contiguos a los ingenios azucareros, donde se enganchan como corteros. Según Taussig (1979), para esta época migran muchos más hombres que mujeres, y cuando estas lo hacen es para vincularse como empleadas domésticas y retornar después de un tiempo a su lugar de origen. Tanto el migrante cortero como la migrante empleada doméstica viven una vida muy distante de lo que sería en sus pueblos, aislados, sometidos a la rutina, encerrados bien sea en la casa o en la plantación y con un solo día libre. Esas nuevas plantaciones de caña están organizadas dentro de un sistema vertical de control y vigilancia, algo a lo que no están acostumbrados los negros en los ríos o quebradas en las que se desenvuelve su cotidianidad. Para esta época, los propios ingenios promueven la migración de personas del Litoral a través de lo que se conoció como el “enganche de trabajadores”. El ingenio enviaba a un representante, generalmente un trabajador de la región y de absoluta confianza, para que enganchara trabajadores de poblaciones del Pacífico (Guapi, Saija, Timbiquí, Lopez de Micay). Ya en 1964 las migraciones estaban tan generalizadas que no era necesario hacer reclutamiento de personal a través del enganche. De hecho, había exceso de mano de obra (Knight, 1986).

De esta forma, el pequeño campesinado, presionado por los grandes capitales y atraídos por los discursos urbanos que hablaban de desarrollo y mejores condiciones de vida, se ve impelido a emigrar y poblar territorios suburbanos, ocupando un lugar de ciudadano de segunda categoría; en el caso del migrante del Pacífico le acompañaban elementos de clase, etnia y región que le harían sufrir de una triple discriminación. Para las mujeres se sumaría a los anteriores rasgos susceptibles de discriminación la condición de género, lo cual las llevaría a ocupar el menor rango en la estructura del empleo, es decir que se verían generalmente abocadas al trabajo doméstico o al mercado informal, principalmente como vendedoras de productos agrícolas o dulces propios de su región. De cualquier forma, la mano de obra de las personas negras utilizadas en la agroindustria de la caña resultaba volátil, dispersa y difícil de controlar y mantener en el puesto de trabajo. Algunas de las percepciones que tienen los patronos con respecto a esta situación es la siguiente: “Es una costumbre típica del negro trabajar en diferentes lugares. Por lo general cuando un negro llega aquí a pedir trabajo ya ha recorrido por lo menos cinco lugares de trabajo diferentes. Solo hasta el [19]80 se ha estabilizado un

poco el negro” (citado en Camargo et. al., 1993: 78)⁴. Esta misma situación es presentada por un cortero de caña de la siguiente forma: “Uno llega a un ingenio y si la paga es mala, la caña delgadita y la comida regular, uno comienza a buscar para donde irse; antes era muy fácil, cualquier amigo o familiar lo recomendaba y uno quedaba contratado y probaba como era la cosa” (citado en Camargo et. al., 1993: 78). Señala Taussig (1979) que aún para el año 1975, el setenta por ciento de los corteros estaba empleado directamente por el ingenio y el treinta por ciento estaba empleado por contratistas independientes. Hoy en día estas proporciones se han invertido radicalmente. Según datos de Asocaña (<http://asocana.org>), para el 2008 el 78% de los corteros estaba vinculado a través de contratistas. La situación de los corteros se visibiliza en distintas protestas y huelgas en el último cuarto del siglo XX. Sin embargo, el cese de actividades realizado por más de 12.000 corteros en el mes de septiembre de 2008 es el que ha generado mayor impacto no solo mediático sino económico, social y político en la región y el país. Por más que el gobierno nacional y los medios de comunicación de mayor influencia se empeñaran en tomar partido a favor del gran capital, manipulando la opinión pública, la resistencia de los corteros puso de manifiesto la situación de quienes no cuentan ni con las mínimas condiciones de justicia social.

4. FLUJOS MIGRATORIOS Y DINÁMICAS URBANAS

Desde los años treinta del siglo XX, el Valle, y específicamente Cali y Buenaventura, constituye una dinámica especial para la población del Litoral Pacífico, por la centralización de la actividad económica y financiera en la ruta del puerto marítimo más importante para la región y el país. Para 1951 se estimaba una población en la región del Pacífico de 2.228.790 habitantes, conservando una condición rural del 65%, frente al 35% de la urbana. El censo de 1964 habla de una población estimada en 3.277.724 habitantes, cuya distribución revelaría un cambio radical en la composición rural-urbana; la mitad de sus pobladores se encontraba en ese entonces en zonas urbanas, en un proceso de descampesinización. No obstante, estos datos se acentúan en la zona del Valle del Cauca, que afronta un proceso de urbanización anterior al de las otras zonas del Pacífico (Arboleda, 1998).

La subregión de Nariño (límitrofe con Ecuador y con abundante población negra en el litoral Pacífico), debido a su poco desarrollo industrial, su pobreza estructural y su estancado nivel de crecimiento entre 1950-78, muestra altos niveles de expulsión de población, que se explican en parte porque “la economía minifundista se halla desarticulada del conjunto de la economía nacional regional, produciendo desplazamiento de la población que depende de la tierra, como cultivadores tradicionales, y, ante la imposibilidad competitiva en insumos y tecnologías, obliga a estos sectores a expulsar parte de su población” (Plan de Desarrollo para Nariño, 1977: 38).

⁴ Entrevista a Jefe de campo del ingenio Carmelita. Riofrío, 1993.

Según datos del Plan de Desarrollo, la situación se acentúa en 1973, incrementándose el flujo migratorio a un total aproximado de 128.943 personas y una tasa de 14.7% anual, con destinos mayoritarios al Valle del Cauca en un 60.7% de los casos, dado el amplio mercado de fuerza de trabajo que presentaba este departamento en ese momento, tanto en la zona rural con el auge de la agroindustria de la caña de azúcar, como en el casco urbano con el servicio doméstico y los impulsos de la construcción, la industria en general y demás oficios derivados. En Cali “los contingentes de población negra del Pacífico, por su bajo nivel educativo y práctica en trabajos fuertes, se ubicaron en los niveles más bajos de la escala social, habitando los barrios populares y participando en conjunto con emigrados de otras regiones, en las llamadas “invasiones territoriales” que se presentaron en la ciudad desde los años cuarenta” (Arboleda, 1998: 68).

Como se mencionó anteriormente, desde 1930 el Valle del Cauca se había configurado como foco receptor de población migrante de varios departamentos del país. A partir de esta época y a raíz del proceso modernizador del Estado en la región (vías de comunicación, entrada de capital y parcial cobertura educativa formal, entre otros), se da un permanente intercambio de bienes y de personas, este último representado en un gran flujo migratorio hacia ciudades como Cali, Puerto Tejada, Palmira y otras, lo cual produjo igualmente una desarticulación económica, social y cultural de lo tradicional (Arboleda, 2002). Estos flujos migratorios se acentúan hacia los años cincuenta, principalmente desde zonas del Patía, norte del Cauca y de la zona del Pacífico hacia Cali, donde han sido estudiados de manera amplia. De igual manera, y mucho menos estudiados, se han dado unos intensos procesos de movilidad rural-urbana de la población afrodescendiente hacia ciudades intermedias como Buenaventura, Palmira, Tuluá y otras. Los flujos migratorios del Pacífico son periodizados por Arboleda (2002) de la siguiente manera:

A) 1930-1950. Período de *presencia imperceptible*. Se da un fuerte proceso de movilidad hacia las cabeceras municipales de la región, principalmente a Buenaventura, Barbacoas y Tumaco, con retornos permanentes a los lugares de origen. Estos nuevos asentamientos se zonifican en el sitio de llegada a partir del lugar de origen. En ocasiones, desde estas cabeceras municipales los migrantes dan el salto hacia ciudades de mayor tamaño, donde su presencia era prácticamente imperceptible.

B) 1950-1980. Período de *concentración visible*. Durante este período, principalmente en la década del 70, se evidenció la presencia masiva de afrodescendientes en la ciudad de Cali, así como el proceso de reconstitución de las redes familiares y parentales de los migrantes en la ciudad, al tiempo que se mantienen vivas las conexiones con el lugar de origen. Este intenso flujo migratorio ocasionó también un rápido y desmesurado crecimiento demográfico no solo de Cali, sino los centros urbanos de Barbacoas y Puerto Tejada. Cali se convirtió en la ciudad receptora por excelencia de los migrantes afros de distintas procedencias, constituyéndose en foco de la cultura negra urbana, sobre todo en el oriente de la ciudad, en sectores como el distrito de Aguablanca, donde se empieza a recrear una cotidianidad que mezcla elementos tradicionales y modernos en este contexto. Durante este periodo se dio

igualmente una importante migración afrodescendiente a la zona centro vallecaucana gracias al auge y proliferación de los ingenios azucareros. En este punto destaca Arboleda para este período la importancia del surgimiento y consolidación de territorios de legitimidad en la ciudad (espacios y barriadas con presencia de población mayoritariamente negra), constituyéndose un *circuito cultural identitario*, en donde se reconstruyen y reelaboran elementos anclados en las tradiciones y recreados con elementos modernos en los nuevos contextos. Este circuito cultural tiene su asiento en las relaciones de parentesco y solidaridad, que se imbrican en el sentido que tiene el *paisanaje* y las *colonias* para los afrodescendientes en el espacio urbano. Para la comprensión de la funcionalidad de estas relaciones de paisanaje se hace necesario resaltar dos elementos: el primero se refiere a una tradición oral urbana en el que se mezclan pertenencias de clase con adscripciones étnicas, siendo útil en la confrontación y resistencia de este grupo con la sociedad dominante, principalmente para la adquisición de vivienda a través de invasiones de tierra. El segundo elemento apunta a mostrar que el paisanaje, que en principio remitía a localidades, cuencas fluviales y zonas marítimas, se flexibilizó y se amplió a las correspondientes cabeceras municipales de origen, luego a todo el entorno costero o interandino, según el caso, para, finalmente, en las postrimerías de los años de 1970 diluirse en el ser negro –indistintamente de su procedencia- o en el somos paisanos, según el contexto específico de comunicación en el que se estuviera (Arboleda, 2002: 407).

C) Desde 1980. Período de *fuerte concentración y estabilización territorial*. Durante este período se evidencian menores retornos a los lugares de origen y una consolidación de las redes de migrantes y de las distintas formas organizativas, lo cual denota una adquisición de mayor capital cultural entre los emigrantes más jóvenes y una capacidad organizativa mayor, representada en la constitución de *colonias (migrantes y/o hijos de migrantes asociados según su lugar de procedencia)* que promueven actividades artístico-culturales y deportivas en donde se resignifica la cultura negra a partir de nuevos imaginarios y prácticas en la ruta de la “dignificación”. También se señala para este período el auge de cultivos ilícitos y la presencia de grupos armados que siembran terror en la región del Pacífico sur, con lo cual se dispara el flujo de personas emigrantes y desplazados hacia los centros urbanos a partir de los años 90.

Las colonias, al igual que algunas manifestaciones culturales como la reelaboración de arrullo⁵ o los grupos artísticos, son expresiones de importantes fundamentos de gestión de lo político y de formas organizativas particulares, que pueden ser vistas desde la perspectiva de la triada de la etnicidad afrocolombiana (cosmovisión, religiosidad, reciprocidad) como reveladoras de lógicas emancipatorias autónomas (Almario, 1996, citado en Arboleda, 2002). En Cali, las colonias se convierten a partir de la década de los 70 en espacios que no solo

⁵ El “arrullo” es una manifestación cultural propia de las gentes del Pacífico colombiano. Se trata de un fenómeno social donde la música y el canto son ejes centrales, a través de los cuales se puede ver todo un sistema de vida, donde las poblaciones negras del Pacífico reflejan el resultado de la influencia y el choque cultural entre la cultura europea y la africana. Es tan importante esta práctica cultural que, más que tratarse de un género musical o una experiencia familiar, se convierte en instrumento mediante el cual las personas que participan de él se encuentran en una conexión mística.

alientan las actividades recreativas, los grupos de estudio o las manifestaciones artísticas tradicionales, sino que con estas coadyuvan a la formación ideológica, a la construcción de conciencia, pues todas apuntan al compromiso ético, estético y político con la mentalidad y la identidad del ser negro, apoyados ideológicamente por movimientos norteamericanos, y por los movimientos africanos de liberación nacional y la Teología de la Liberación.

Aun reconociendo la distancia existente entre las organizaciones, los líderes y las comunidades, dada la poca participación activa y la indiferencia de estas últimas en los grupos y en las organizaciones, todos estos procesos hacen parte o son expresiones del movimiento social afrocolombiano, y tienen un fundamento común: el derecho a ser negro, basado en la autodefinición de sí mismo como grupo étnico en el contexto urbano. A este cúmulo de experiencias y valores siempre emancipatorios es a lo que Arboleda llama *suficiencias íntimas*, definidas como el reservorio de construcciones mentales operativas, producto de las relaciones sociales establecidas por un grupo a través de su historia, que se concretan en elaboraciones y formas de gestión efectivas comunicadas condensadamente como orientaciones de su sociabilidad y su vida... son suficiencias en la medida en que insisten en un punto de partida positivo, vivificante para el individuo y su comunidad, y no propiamente en una actitud reactiva frente a los otros grupos (Arboleda, 2002: 417).

5. MOVIMIENTO Y ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LAS COMUNIDADES NEGRAS

Si bien los liderazgos políticos negros y mulatos surgen hacia mediados del siglo veinte en el Chocó, Buenaventura y el norte del Cauca, estos crecen adscritos a los partidos tradicionales (liberal y conservador), principalmente al liberalismo, y no alcanzan la dimensión de movimiento étnico. Estos liderazgos corresponden en cambio a un grupo de intelectuales de la región del Pacífico estudiados en universidades del interior del país, que lograron moverse en los altos círculos de la vida pública nacional, y que hacen manifiestas reivindicaciones raciales y denuncias de discriminación. Las alternativas políticas al margen de los dos partidos tradicionales solo se dan hacia finales de los años setenta y principios de los ochenta del siglo pasado en Colombia, con movimientos cívicos y sociales de las clases populares urbanas. Por esta época surgen también las primeras expresiones organizativas políticas en torno a la idea de la defensa de la identidad étnica y de los derechos ciudadanos y en contra de la discriminación racial. Se trata de diversos grupos de estudio, centros de investigaciones y fundaciones -cuyos dirigentes y participantes fueron en su mayoría intelectuales, profesionales y estudiantes negros-, con los cuales se dan los primeros pasos de lo que sería el "Movimiento de las comunidades negras"⁶, inaugurado en las comunidades de base en los ríos del Chocó.

⁶ Ver Agudelo, C., *Retos del multiculturalismo en Colombia. Políticas y poblaciones negras*. La Carreta Editores E.U, Colombia. Siguiendo a Agudelo, entendemos aquí por "Movimiento social de Comunidades negras al conjunto de organizaciones y sus respectivas bases sociales, que desarrollan acciones colectivas en función de reivindicaciones sociales, económicas, políticas y culturales instrumentalizando como factor cohesionador y legitimador fundamental una identidad étnica negra o afrocolombiana común."

Este proceso organizativo mediante el cual se constituye un sujeto étnico en torno a la idea de sentirse negro hace parte de lo que Restrepo (2002) denomina como *proceso de etnización*⁷, el cual esquematiza en cuatro fases:

1. La primera fase de este proceso inicia a mediados de los ochenta en el curso medio del río Atrato, donde se constituyen asociaciones de campesinos negros, a la sombra del paradigma indígena y fundamentalmente en defensa del territorio. En esta fase se consolidan organizaciones campesinas negras, como la ACIA –Asociación campesina integral del Atrato; la ACADESAN –Asociación de campesinos del río San Juan, entre otras que tuvieron el impulso, el acompañamiento y el apoyo de algunos sectores de la Iglesia, con principios ideológicos de la Teoría de la Liberación, así como de un grupo de expertos de distintas disciplinas. Es importante señalar que estas organizaciones constituyen las primeras organizaciones en Colombia que definen la comunidad negra como un grupo étnico.

2. La segunda fase está asociada a la Constitución política del año 91. Con el propósito de dirigir el proceso de participación de las comunidades negras en la Asamblea Nacional Constituyente (ANC) nace la Coordinadora de Comunidades Negras (CCN), como espacio federador de las organizaciones, bajo el paradigma indígena y con la preocupación principal de luchar por el derecho al territorio para las poblaciones negras. Dado que ningún candidato fue elegido por las comunidades negras, fueron necesarias distintas formas de presión para que la ANC tuviera en cuenta las reivindicaciones de las comunidades negras. Gracias a la intermediación de las comunidades indígenas se logra la inclusión del artículo transitorio 55, el cual delega en una comisión conformada por el gobierno y representantes de las comunidades la elaboración de una ley de reconocimiento de los derechos a la propiedad colectiva de las tierras ocupadas por estas poblaciones en el litoral Pacífico y otras regiones del país al igual que otras disposiciones referentes a la identidad cultural y el desarrollo económico y social. El resultado de este proceso lo constituye la promulgación de la Ley 70 de 1993, la cual direcciona y regula los derechos de las comunidades negras (Agudelo, 2005).

3. Esta fase está definida por la implementación de lo estipulado en la Ley 70 de 1993. En este momento nace el Proceso de Comunidades Negras (PCN) como un movimiento político nacional que inicialmente agrupó a todos los integrantes del proceso de coordinación (CCN) y que participó en el proceso que llevó a la concreción de la Ley 70, de 1993, con la excepción de los chocoanos, que no se identificaban con la propuesta. Los activistas del PCN asumieron inicialmente la intermediación entre las organizaciones de base de los ríos y los demás interlocutores que intervenían en la planeación y gestión de los distintos programas.

4. La última fase señalada por Restrepo está marcada por la desintegración y eclosión de los procesos, asociada en algunas zonas con la desaparición de las estrategias organizativas consolidadas en la fase anterior. De forma paralela, la dirigencia “histórica” del proceso de comunidades negras fue reemplazada en algunas zonas por otros líderes. Esta situación se ve

⁷ Restrepo define la etnización como un proceso mediante el cual una o varias poblaciones son imaginadas como comunidad étnica. Este proceso estará constituido por formas discursivas, y modalidades organizativas que visibilicen y constituyan el sujeto de la etnicidad.

acompañada por la proliferación de cultivos ilícitos y la presencia de grupos armados en el sur del Pacífico, los cuales generan una dinámica de violencia desde mediados de los noventa.

En la actualidad, el movimiento étnico afro muestra una gran fragmentación en pequeños movimientos y una incapacidad para actuar mancomunadamente en función de reivindicaciones concretas. De otra parte, para la mayoría de la población las organizaciones de comunidades negras son entes extraños, que hablan de cosas que muchos no comprenden o que el habitante del Pacífico no considera como propios ni hacen parte de su realidad (Agudelo, 2005). Conforme a esta situación, el balance electoral del movimiento negro es bastante pobre, evidencia de que la consolidación de las negritudes como actor político autónomo en el terreno electoral presenta aún muchas dificultades. Al proyecto político de las comunidades negras, que surgió de la Constitución del 91, se le dificulta desarrollarse en las grandes ciudades, que es donde habita la mayoría de las poblaciones negras en Colombia, quizás porque los proyectos políticos más significativos elaborados de forma paralela con la expedición de la Ley 70 han privilegiado un discurso que pone el acento en una identidad negra rural y del Pacífico.

CONCLUSIÓN

Es cierto que se registra cierta dinamización asociativa y cultural de sectores de las poblaciones negras urbanas, algunas con referencias folclóricas al Pacífico y al Caribe, otras que reivindican un nuevo sentido de lo negro alrededor de expresiones contemporáneas como el rap, el hip hop, ciertas formas en el vestir o de cortarse el pelo, la reivindicación de figuras emblemáticas de los pueblos negros como Malcolm X, Luther King, Mandela, al lado de artistas como Bob Marley o el basquetbolista Michael Jordan y nuevas representaciones de África como símbolo de identificación (Agudelo, 2005: 125).

Ha de tenerse en cuenta que la problemática, así como el movimiento de las comunidades negras, está hoy relacionada con la constitución de un espacio transnacional de los movimientos étnicos en el mundo y en América Latina. Esta transnacionalidad implica una serie de prácticas y procesos que vinculan a actores sociales a través de fronteras nacionales.

Para el caso de los afrocolombianos, se trata del vínculo de asociaciones y organizaciones de las comunidades negras con redes internacionales defensoras de los derechos humanos, de la identidad cultural o de las minorías étnicas, las cuales agencian procesos políticos, productivos y socioculturales para esta población. De otra parte, esta transnacionalidad implica la inclusión de temáticas relativas a la población negra latinoamericana en las agendas de "governabilidad global" de organizaciones internacionales y corporaciones multinacionales. Si bien estos agentes se involucran con las cuestiones étnicas en el último cuarto del siglo veinte, el proceso de visibilización en la esfera de lo global se materializa a partir de la inclusión de la categoría "afrodescendiente" en el estatuto consultivo de las Naciones Unidas en la Conferencia de Durban en el año 2001. Así, los nuevos derechos de los afrodescendientes implican no solo el reconocimiento de las naciones como multiétnicas sino la aceptación de la deuda histórica de los Estados para con esos grupos, así como la obligatoriedad de implementar políticas de

reparación, pues estas cuestiones pasan a constituir “valores globales”, que son evaluados a los Estados y gobiernos nacionales a nivel internacional (López, 2006).

BIBLIOGRAFÍA

- Almarino, O. y Castillo, R.** 1996. “Territorio, poblamiento y sociedades negras en el Pacífico sur colombiano”, en Eduardo Restrepo e Ignacio del Valle (eds.), *Renacientes del guandal: “Grupos negros” de los ríos Satíngua y Sanquianga*. Bogotá: Edit. Biopacífico / UN Medellín, pp. 57-116
- Agudelo, Carlos.** 2005. *Retos del multiculturalismo en Colombia. Políticas y poblaciones negras*. Colombia: La Carreta Editores E.U.
- Arboleda, Santiago.** 2002. “Paisanajes, colonias y movilización social afrocolombiana en el suroccidente colombiano”, en Mosquera, Pardo, Hoffmann (eds.), *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias*. Bogotá: Universidad Nacional, pp. 399-420.
- _____. 1998. *Le dije que me esperara, Carmela no me esperó*. Cali: Editorial Cfonds - Univalle.
- Barbary, Olivier; Bruyneel, Stefanie; Ramirez, Héctor y Urrea, Fernando.** 1999. “Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali, Estudios sociodemográficos, *Documentos de trabajo* N° 38, Cali, CIDSE - Univalle.
- Bravo, Carlos; Escobar, Carlos; Rivera, Luis.** 2002. *Estudios afrocolombianos y educación intercultural. Nación y región*. Colombia: Editorial Papiro.
- Cifuentes, Alexander.** (Comp.) 1986. *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura/ ICAN.
- Colmenares, Germán.** 1978. “La economía y la sociedad coloniales 1550-1800”, en *Manual de Historia de Colombia*. Vol I. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Colmenares, Germán.** 1976. *Cali. Terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII*. Cali: Univalle.
- Cross, R. y Friedemann, N.** 1979. *Ma Ngombe: guerreros y ganaderos en Palenque*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Fals Borda, Orlando.** 1994. *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Jaramillo, Jefferson.** 2003. *Los migrantes del pacífico en Cali: Trayectorias biográficas y sentidos territoriales*. Tuluá: Unidad Central del Valle del Cauca - Centro de investigaciones y publicaciones.
- Knight, Rolf.** 1985. “La respuesta de la industria azucarera a la sindicalización en el sector”, en *Boletín socioeconómico Cidse*. Cali: Univalle.
- López, Laura C.** 2006. “De transnacionalización y censos. Los ‘afrodescendientes’ en la argentina”. *Revista de Antropología Iberoamericana*, Vol 1, N° 2, pp. 265-286 [en línea]. Disponible en <http://www.aibr.org/antropologia/01v02/articulos/010203.php> (Consultado el 03 feb/ 2013)
- Mina, Mateo.** 1975. *Esclavitud y libertad en el Valle del río Cauca*. Bogotá: Edit. La Rosca.
- Mosquera, C.; Pardo, M.; Hoffman, O.** (Edit.). 2002. *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Pavy, Paul D.** 1967. “The provenience of Colombia negroes”, *Journal of Negro History*, 52.
- Plan De Desarrollo Para Nariño.** 1977. Pasto: Edit. Mimeo.

- Raojs, José M.** 1983. *Empresarios y tecnología en la transformación del sector azucarero en Colombia. 1860-1980*. Bogotá: Fondo para la Promoción de la Cultura.
- Roldán, Diego.** 1985. *Progreso técnico, crisis, perspectivas del sector azucarero colombiano*. Cali: CIDSE Univalle.
- Romero, Mario.** 1991. "Sociedades negras, esclavos y libres en la costa Pacífica colombiana", en *América Negra* N° 2, Colombia, Universidad Javeriana, pp.137-147
- Taussig, Michel.** 1979. *Destrucción y resistencia campesina. 1970-1978*. Bogotá: Editorial Punta de Lanza.
- Urrea, Fernando y Vanín, Alfredo.** 1995. "Religiosidad no oficial alrededor de la lectura del tabaco. Instituciones sociales y procesos de modernidad en poblaciones negras de la costa pacífica colombiana", *Boletín Socioeconómico Cidse* N° 28. Cali: Cidse Univalle.
- Urrea, Fernando; Arboleda, Santiago; Arias, Javier.** 2000. *Construcción de redes familiares entre migrantes de la costa pacífica y sus descendientes en Cali*, Documento de trabajo N° 48, Cali: Proyecto Cidse-Ird- Univalle.
- Urrea, Fernando y Quintín, Pedro.** 1997. "Urbanización y construcción de identidades de las poblaciones Afrocolombianas de la región Pacífica colombiana", Barranquilla, Ponencia presentada en el panel: *Mestizaje y construcción racial de la identidad nacional en las Américas*.
- Vanín, Alfredo; Agier, Michel; Hurtado, Teodora y Quintín, Pedro.** 1999. "Imágenes de las "culturas negras" del Pacífico colombiano", *Documentos de trabajo* N° 40, Cali: CIDSE - Univalle.
- Vanín, Alfredo.** 1998. "Alianzas y simbolismos en las rutas de los ausentes y los retornantes", *Documento de trabajo Cidse* N°16, Cali: Cidse-IRD - Univalle.
- Wade, Peter.** 1997. *Gente negra nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Medellín: Edit. Andes.